

EL FÉNIX CARTAGINÉS.

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO,

ARTÍSTICO, DE ADMINISTRACION É INTERESES GENERALES.

DIRECTOR: D. FRANCISCO ARRONIZ Y THOMAS.

Año I.

Cartagena 23 de Noviembre de 1879.

Núm. 47.

SUMARIO.

LOS POETAS DE LA GRECIA, por *Eduardo Menechet*
—Poema: MONSEÑOR TADLIBÉR—*Segunda parte*: LA
CONFESION DE UN OBISPO.—*Canto sexto*: MARGARITA.
Continuacion por *D. Francisco Arróniz y Thomas*—
Cartagena tradicional: LA MANTILLA DE LA REINA,
por *D. A. Avelino Thomas*—Mosáico, por *Asdrúbal*

LOS POETAS DE LA GRECIA.

(Conclusion.)

La gravedad de Aristóteles, no pudo resistir á la jovialidad del viejo cuyas nobles y graciosas facciones estaban animadas por un delirio báquico; el nombre de Anacreonte, del alegre poeta de Téos, circuló entre las sombras y todas se aproximaron para oírle mejor.

El tomó su lira y cantó así:

—«Quisiera ser el cantor
de Cadmus y Troya en calma;
más mi lira, eco del alma,
tan solo canta el amor.

Busqué otra lira mejor;
quise de Alcides cantar
los trabajos, y al pulsar
la otra, solo canté amor.

Héroes, si vuestro valor
requiere una lira hermosa,
dejad la mía armoniosa
que solo canta el amor.

Aristóteles, hizo notar al amable viejo que su lira infiel había cantado también el vino y la rosa. Anacreonte confesó que era cierto, pero añadió que eso consistía en que las flores y la vid proporcionan al amor los encantos de la voluptuosidad.

Ya iba á retirarse cuando todos le suplicaron que cantase todavía algo más, y él cantó lo siguiente, con esa agradable jovialidad que tantos poetas después han querido imitar.

—«Muellemente reclinado,
contra la costumbre mía,
tranquilamente dormía
en mi choza sin cuidado.

Un niño vino á turbar
la calma de mi morada,
y en la puerta abandonada
comenzó récio á llamar.

Por su cabellera rubia
el agua se deslizaba,
su cuerpo el viento azotaba
y le mojaba la lluvia.

Alcéme; la puerta abrí,
y al ver, en tiempo tan crudo,
entrar un niño desnudo
su suerte compadecí.

—Estoy sin ropas y ciego,
me dijo el niño al entrar,
vengo á buscar en tu hogar
el grato calor del fuego.

—Entra, le dije, y entró;
yo la candela encendí;
y frente á frente de mí
junto al hogar se sentó,

Yo me puse á contemplar
un arco que dejó ver,
y empecé miedo á tener
y empecé al punto á temblar.

—Me quieres decir tu nombre?
con temor le pregunté;
¿porqué tiemblo yo, porqué
siendo tú un niño, yo un hombre?

¿Porqué turba mi razon
solamente tu presencia,
porqué con tanta insistencia
agitase el corazón?

Mi huésped se sonreía
y á nada me contestaba;

